

EL SIGLO XIII DE PARIS. NUEVO RUMBO PARA LA FILOSOFÍA OCCIDENTAL

José María Zapater
Profesor de Filosofía. I.B. Tacoronte (Tenerife)

I. INTRODUCCIÓN

Tras la muerte de San Agustín en el 430 de nuestra Era, y con la caída del Imperio Romano de Occidente en el 476, se entra en un largo silencio de cultura que durará prácticamente hasta el siglo X. Cinco siglos son mucho tiempo. Por ello hay que destacar la meritoria e ingente labor de los llamados recopiladores y los traductores, incluidos los problemas de las versiones que pasaron del griego al siríaco, luego al árabe y al latín.

En el siglo VIII se inicia con Carlomagno la reconstrucción de la cultura occidental que, junto con los Monasterios y las Sedes Episcopales, iban a proporcionar los elementos que darían pie al gran apogeo del siglo XIII. Los nombres de Juan Escoto Erígena, Anselmo de Cantorbery y Pedro Abelardo destacan en este movimiento intelectual. Pero no olvidemos que todo el pensamiento occidental y los diferentes estamentos sociales se movían bajo la amplia y profunda inspiración del Cristianismo hasta el siglo XII, quien empleó los conceptos de la filosofía platónica como «andamiaje» para expresar con rigor intelectual su doctrina de salvación.

II. EL OCCIDENTE CRISTIANO Y LA LLEGADA DE ARISTÓTELES

La figura y la obra de san Agustín a quien, según parece, fue el Neoplatonismo el que le hizo ver la racionalidad del Cristianismo, abarcó de tal manera al Occidente cristiano que hoy la crítica histórica habla del platonismo-agustiniano como la corriente intelectual de toda Europa. Aristóteles era prácticamente desconocido: algunos libros de Lógica y algunos fragmentos de Metafísica. Pero la entrada de toda su obra en París, sede intelectual de Europa, fue un acontecimiento que conmovió a toda la élite eclesiástica e intelectual de entonces. El

agustininismo puso en guardia a las autoridades eclesiásticas ante la nueva filosofía de un hombre pagano: problemas sobre la inmortalidad del alma, la eternidad del mundo, la negación de la Providencia, una moral demasiado naturalista, etc.

Ya hemos indicado los problemas de las versiones. Las traducciones de los textos aristotélicos levantaron grandes problemas: ¿cuál era el auténtico Aristóteles? La obra enciclopédica del estagirita con su Física, Biología, Psicología, Ética, Política, Zoología, etc. en versión actual, chocó de frente con la línea platónico-agustiniana y dio un nuevo rumbo a la investigación científica; era un canto a la autonomía de la razón humana. El recelo y las sospechas se extendieron por todo el ámbito civil y eclesiástico. Los Papas Gregorio IX, Inocencio IV y Urbano IV, el agustinismo de los franciscanos con san Buenaventura como ilustre figura y el platonismo agustiniano de Oxford, sin olvidar otras figuras, formaban un bloque muy serio contra la aceptación de un filósofo tan polémico.

El ambiente parisino estaba realmente complicado porque por una parte, la obra de Aristóteles de manos de Avicena (ss. X-XI) resultaba muy platonizada, lo cual no alarmó a los ambientes de influencia agustiniana; pero, por otra parte, Averroes (s. XII) traduce y comenta la obra de Aristóteles sin su platonismo. El llamado «averroísmo latino» sembró de confusión al París del siglo XIII: a) la línea platónica bajo la influencia agustiniana mantenía una gran fuerza de persuasión; b) la entrada del averroísmo originó la presencia de fanáticos radicales; c) la interpretación de Tomás de Aquino sobre el auténtico Aristóteles mostró gran categoría intelectual, superando condenas y polémicas.

III. SANTO TOMÁS DE AQUINO

Su presencia en París se hizo notar rápidamente por su capacidad intelectual, por el estilo de sus clases y por la humana sencillez en el trato con los estudiantes. Nombrado Maestro de la Universidad a sus 31 años de edad, cuatro años antes de la edad reglamentada, le dio pie para sobresalir en dos puntos fundamentales: por una parte, la actitud en el estudio; por otra, la independencia en la investigación.

Perteneciente a la Orden de los dominicos, era realmente sospechoso que un fraile estudiara a griegos, romanos, judíos y musulmanes que entonces constituían un mundo prohibido, y ante los recelos de propios y extraños advertía claramente: «la verdad, venga de donde venga, sea siempre bien recibida». En aquella época, la autoridad de los grandes Maestros era reverenciada y citada en las clases y en escritos, pero Tomás de Aquino decía que «el estudio de la filosofía no debe consistir en saber lo que los hombres pensaban, sino cómo se halla la verdad de las cosas». Esta postura abierta le hizo ser centro de condenas del obispo Tempier de París, de ataques y críticas de otras autoridades eclesiásticas, de averroístas fanáticos, de profesores seglares envidiosos y de agustinianos intransigentes.

Siendo alumno de Alberto Magno, también dominico, comenzó a conocer las obras de Aristóteles, y aunque conocía el griego, Tomás de Aquino acudió a su hermano de hábito, Guillermo de Moerbeke, buen helenista, para que le tradujera con exactitud la mayor parte de

las obras de Aristóteles. La profunda reflexión, la claridad de análisis y el orden metódico fueron los instrumentos para rechazar las tesis averroístas, hacer una profunda depuración en los planteamientos neoplatónicos y presentar radicales modificaciones del pensamiento aristotélico. Como dice la crítica histórica, Tomás de Aquino tenía demasiada genialidad para depender de nadie, y así crea su propio sistema como auténtica innovación en el pensamiento occidental.

IV. LA OBRA DE TOMÁS DE AQUINO

Nacido en Nápoles en 1225, a los 18 años ingresa en la Orden Mendicante de los dominicos, llamados frailes predicadores, y a los 20 años de edad sigue sus estudios en París. Tres años más tarde fue a Colonia donde estuvo estudiando durante cuatro años. En 1252 regresa a París como profesor de Bachiller. Tenía 27 años. Cuatro más tarde, como ya se ha dicho, fue nombrado Maestro de la Universidad. Enseña durante tres años. En 1259 deja otra vez París porque es reclamado en diferentes ciudades italianas por mandato de sus superiores y por los Papas. En 1269 está de nuevo en París cuando contaba 44 años, permaneciendo durante tres años, ya que en 1272 es reclamado por Carlos de Sicilia, hermano de Luis IX de Francia. En 1274, por mandato del Papa Gregorio X, marcha al Concilio de Lyon. Enferma en el camino y desea que le trasladen al Monasterio de Fossanova, donde muere el 7 de marzo. Tenía 49 años.

Nadie se explica que en tan pocos años, viajando por Italia, Francia y Alemania, acudiendo a Concilios, reuniones sociales y compromisos familiares, haya dejado más de 40 obras de Comentarios, Folletos sobre diversas cuestiones, la Summa contra los Gentiles y la Summa Theologica.

De toda su obra, creo que hay tres temas que nos pueden mostrar el genio y la innovación de Tomás de Aquino.

a) *La fe y la razón*. Durante doce siglos de Cristianismo no cesaron las polémicas sobre las fronteras de la fe y la razón habiendo gran confusión en los diferentes medios intelectuales. Hay un punto ilustrador: Tomás de Aquino afirma que la autoridad no es argumento en filosofía. Para abordar el problema hizo un planteamiento estrictamente racional bajo el más riguroso método inductivo-deductivo.

Tiene muy claro que la diferencia radical entre ambos niveles tiene su fundamento en el origen, el contenido y el método:

1) La fe tiene su origen y se inspira en la *revelación divina*; la razón debe operar con los datos que le proporciona la *experiencia sensible*.

2) La fe se desarrolla dentro de las *verdades divinas* que el hombre recibe de Dios y cuyo contenido sobrepasa la capacidad humana; la *razón humana* realiza su propia investigación en torno a los *contenidos humanos y naturales*.

3) La fe asiente, acepta las verdades sobrenaturales, fundamentada en la *autoridad de Dios*; la *razón humana* se apoya en la propia *reflexión* para el conocimiento de las cosas.

Pero esta radical diferencia no quiere decir que haya elementos de rechazo y contradicción, ya que es el mismo sujeto quien *razona* en la esfera filosófica y quien *recibe* los datos de orden sobrenatural. Es más, Tomás de Aquino afirma que los datos revelados son como *algo añadido a la razón* («se habet ex additione ad scientiam»). El hombre tiene capacidad para investigar las cosas del Universo, de la existencia terrestre, analizar el sentido de su destino, el problema de la vida y de la muerte, pero en este esfuerzo racional siempre encuentra la frontera del misterio: la limitación de la razón humana lleva al fracaso del saber. Y es aquí donde nuestro autor introduce la *conveniencia* de «ser instruído» el hombre sobre aquellas verdades que exceden su capacidad racional.

Pero fijémonos que habla de «conveniencia», y da unas razones que bien podrían estar en un tratado de Psicología y Sociología modernas:

- si las cosas de Dios fueran investigadas por la sola razón, entonces serían conocidas por muy pocos por falta de tiempo, y además habría muchos errores;
- por otra parte, hay personas que tienen una complejión fisiológica deficiente para conocer; hay otras personas que están ocupadas en asuntos familiares, o bien les invade la pereza.

Por todo ello, la investigación racional queda fortalecida, no violentada, por una instrucción revelada.

Pero también la razón, a su vez, puede presentar un servicio a las cosas de Dios dando lugar a la Teología, cuya función explicativa y demostración racional aclaran las verdades de fe. Tomás de Aquino, celoso siempre de hallar la armonía en la verdad de las cosas, deja definitivamente clara la diferencia esencial y formal entre razón y fe, pues una influencia intrínseca de una a la otra sería la destrucción de ambas.

V. LA METAFÍSICA DE TOMÁS DE AQUINO

En su primera obra, *De ente et essentia*, Tomás de Aquino establece el principio fundamental que establece la reforma radical de la Metafísica de Aristóteles: *la distinción real de esencia y existencia*. Pero mientras Avicena interpretaba este principio para explicar la derivación causal y *necesaria* de las cosas finitas de Dios *excluyendo la creación*, Tomás de Aquino, por el contrario, emplea dicha distinción para fundamentar la creación de los seres contingentes. Quiso dar una explicación racional del dogma cristiano. Ahora bien, Aristóteles hablaba de los significados del ser en sus predicamentos y los encerraba en la estructura de la sustancia, lo cual le llevó a la conclusión que donde hubiera forma había realidad en acto, lo cual nos lleva a afirmar que la forma es increable, necesaria y eterna como el mismo Dios. Tomás de Aquino no podía aceptar esta conclusión.

En pleno siglo XX, cuando Heidegger terminaba su conferencia «qué es la Metafísica», se pregunta: «¿Por qué existe algo, y no más bien nada?». Precisamente es la misma pregunta que se hizo Tomás de Aquino en el siglo XIII, ya que una Filosofía realista debe atenerse a los

hechos, y el caso concreto es que existe algo multiplicado en muchos seres específicamente distintos. La genial visión de Aristóteles en interpretar la realidad sensible desde la *estructura metafísica de la potencia y el acto*, dando solución al angustioso problema de lo Uno y lo Múltiple de los presocráticos y del mismo Platón, con todo fue una visión incómoda porque ataba al ser bajo el imperio de la necesidad. Tomás de Aquino rompía este cerco al afirmar que la estructura de la realidad sensible estaba definida por su *contingencia*, es decir, existen seres, pero podrían no existir. En la realidad sensible hay una distinción clave: *lo que* las cosas son (esencia), y el *hecho de que existan o no* (existencia), lo cual constituyó la pieza genuina y fundamental de la *Metafísica* de Tomás de Aquino.

Aristóteles había establecido una correlación entre materia y forma con la estructura potencia y acto; es decir, no hay potencia que no sea materia y no hay acto que no sea forma. Tomás de Aquino añade que también esencia y existencia están en relación con la potencia y el acto. El concepto de esencia en sí dice lo que es una cosa y está en relación con la potencia en cuanto que puede existir, mientras que existencia es acto que determina el existir total de un compuesto singular y concreto. Pero como la naturaleza de los seres creados es su contingencia, está claro que a la esencia no le pertenece necesariamente su existencia: los seres concretos actuales que antes no existían y ahora existen, han recibido algo que antes no tenían: el acto de la existencia como «algo añadido», y lo fundamental es que pueden dejar de existir.

A partir de Tomás de Aquino ya no se puede hablar de una *Metafísica* del ser necesario sino del ser contingente; ya que no se puede hablar de la univocidad de los seres en el acto y en la forma, sino que podemos afirmar la variedad de valores en la que el grado de *participación* fundamenta una «jerarquía de seres» en una visión dinámica del Universo. La Filosofía griega hablaba del ser *desde el mismo ser*; a partir de Tomás de Aquino se puede hablar racionalmente del ser desde la *nada*.

VI. EL HOMBRE

En una interpretación cósmica de la creación, el hombre ocupa el grado superior de los seres terrestres, pero, al mismo tiempo, está situada en un lugar inferior en la escala de los seres inteligentes del Universo. Una vez más nos encontramos con el orden y la armonía que Tomás de Aquino ponía en todas las cosas. Mientras Platón interpretó al hombre desde el alma y consideraba al cuerpo como cárcel de la misma en una visión profundamente espiritualista de la existencia, Aristóteles, su discípulo, de tal manera amarró al hombre a la Tierra, que la mayor felicidad radicaba en la contemplación de la verdad. Tomás de Aquino rebajó la dosis de Platón y elevó la condición aristotélica.

a) *Una antropología trascendente*. También había gran confusión en la interpretación del hombre, y también la intervención de Tomás de Aquino no estuvo exenta de duras críticas e incluso considerada como escandalosa. Una de las tesis que con más vigor mantuvo fue la unidad sustancial del compuesto humano, lo cual implicaba la unidad del entendimiento humano y su diversidad cuantificada, así como la interpretación de la inmortalidad del alma.

El gran filósofo alemán Karl Jaspers decía en pleno siglo XX que el hombre no podía entenderse sin Dios, ya que fue creado a su imagen. En el siglo XIII, Tomás de Aquino interpretó al hombre en una doble vertiente: desde Dios y para Dios. Cuando analiza el sentido de «imagen» advierte que no se trata de hablar del hombre como imagen de Dios, como algo estático, sino que es «ad imaginem» lo cual expresa movimiento que tiende a su perfección. Por eso el hombre se encuentra existencialmente en un estado de tendencia que se identifica con un deseo ontológico de alcanzar la plenitud. Se trata de una indigencia en acto y de una riqueza en potencia. Siendo el hombre un ser-libre, Dios le convierte en un co-creador, es decir, toda la dinámica del hombre en la Tierra le compromete, como causa segunda, a transformar la energía del conjunto cósmico. Si el hombre de Aristóteles quedaba cerrado en sí mismo en la contemplación de la verdad como suprema felicidad, el hombre de Tomás de Aquino lleva en su propia existencia la apertura hacia lo divino como meta trascendente de su ser. La curiosidad y la propia vanidad le habrían dado ocasión de hacer una obra filosófica en Cosmología, Metafísica, Antropología, Política, Moral, etc. Pero Tomás de Aquino, genio de la armonía y del orden, no podía dejar truncada la trayectoria trascendente del hombre: no era un ser para la Tierra, es una criatura hecha a imagen de Dios.

b) El hombre no se realiza en soledad. El hombre griego era un ser de la ciudad y para la ciudad. Tomás de Aquino dice textualmente que «el hombre no se ordena a la sociedad política de modo absoluto y en todo cuanto le concierne, sino que todo cuanto el hombre es, cuanto puede y cuanto tiene, está ordenado a Dios». Pero como la parte está ordenada al todo, de igual manera está ordenado el hombre a la sociedad política, pero no de modo exclusivo, pues la trasciende en su dimensión moral. Dice textualmente que el hombre puede ser considerado en cuanto es «aliquid civitatis» y «aliquid Dei», y comenta que un suicida comete injuria no a sí mismo, sino «a la comunidad y a Dios». Por eso es importante advertir que el hombre, revestido de valores trascendentes, todo cuanto le rodea debe estar impregnado de su propia imagen divina. El protagonismo del hombre como «causa segunda» de la creación es una de las bellas páginas que Tomás de Aquino ha dejado al pensamiento occidental.

El haber fundamentado la independencia de la filosofía hasta alcanzar conciencia de sí misma y dotarla de radical autonomía, supuso dejar abiertas al saber humano las mismas puertas que él abrió para la investigación filosófica, algo que en su época fue criticado e incompreso por propios y extraños. De 1252 a 1272, veinte años de incansable actividad filosófica, fueron suficientes para que hoy se hable de Tomás de Aquino como innovador del pensamiento occidental. ¿Cómo fue posible variar en tan poco tiempo toda una mentalidad de doce siglos? Hoy podemos afirmar que el nuevo rumbo de la Filosofía Occidental tuvo su origen en lo que se ha llamado «golpe de estado» metafísico de Tomás de Aquino.